



Pellicer: uno es vegetación desesperada

por Roberto Diego Ortega

Los *Esquemas para una oda tropical** son dos poemas que, según el autor, testimonian "una frustración: no pude escribir la Oda Tropical de acuerdo con el proyecto de hace muchos años". Independientemente de cuál haya sido el proyecto original, estos dos poemas contienen diferencias entre uno y otro y comprenden un periodo de treinta y ocho años: el primero fue escrito en 1935, el segundo en 1973.

La "Primera Intención" convoca una oda tropical, a que venga de los cuatro puntos cardinales y "del Centro que culmina / la pirámide trunca de mi vida". En 1935 Pellicer es el poeta en quien "imágenes sorprendentes, ritmo, frescura, agilidad, sentido del humor, ocurrencias, el mar, el sol, América, irrumpen como nunca, o por primera vez, en la poesía mexicana" (Zaid). Y el poeta quiere ser uno con la palmera del trópico, "ser fiel a su belleza", llevar en el centro de su voz las cuatro voces fundamentales (los cuatro puntos cardinales) y sobre los hombros de esa voz "el peso de las aves del paraíso". Habla del mar y la vegetación, de la ciudad y sus "hombres sudorosos", de la selva del Ganges, la tortuga y la guanábana, el Himalaya y las iguanas, y de su propia convicción: "El trópico entrañable / sostiene en carne viva la belleza / de Dios." El intento quiere llevar todos los elementos del trópico hasta

... que yo sea, a vuelta de palabras,
palmera y antílope,
ceiba y caimán, helecho y ave-lira,
tarántula y orquídea, zenzontle y anaconda.

El punto de partida es una noción netamente geográfica; el poema se construye con pinceladas que intentan ser siempre un viaje hacia el trópico y del trópico hacia el poeta.

La "Segunda Intención" presenta matices distintos. Ya no hay la comunión tácita entre el trópico y la imagen de dios, disminuye un poco la exaltación apasionada.

Pellicer comienza con una duda: "La selva, gran verdad con tanto engaño." El trópico es "una realidad empedernida" (no sabemos por qué) donde la selva es el sitio de la oscuridad que "niega la entrada al sol". Pellicer rescata su amor por los colores como tema poético y los confronta a la selva: "lo verde está en el tiempo" y también "es la verdad, la deplorable / verdad de tantos verdes, la conjura / de la verde verdad que oculta el sueño, lo irresponsable del secreto oculto".

El poeta es lo mismo uno ante la selva que uno con la selva, o uno lejos de la selva. "Y aquí estoy con el timbre de otra voz / que tuve cuando el viento fue mi cuerpo." De pronto interrumpe su canto:

En la selva uno se pregunta:
"¿Y yo qué carajos hago aquí
si no hay adonde ir? Uno dice sí, para
negarlo todo."

Y después, en dirección contraria:

Pero mi piel está quieta:
ha comenzado la fraternidad (...)

El *dónde estoy* va desapareciendo;
es la consigna de la fraternidad.

También evoca escenas con amigos, vive la sucesión del día y la noche y, en contraste con la primera intención, el reino animal está menos presente: "Lo animal se oculta pavorosamente / y uno es vegetación desesperada." Pellicer encuentra que la poesía en el trópico "es más espacio que tiempo", que funciona a partir de la naturaleza: "uno dice la palabra poesía y no sabe lo que dice". Una vez más, Pellicer opta por la contemplación.

El poeta avanza y regresa con la misma facilidad. "Entre esos árboles me reconozco, / yo, animador de íntimas catástrofes." Pero también unos árboles antiguos le dicen: "¿Y tú, qué haces aquí?" El poeta se funde y se separa del paisaje intermitentemente: "Creo que en cualquier parte del poema / esto que estoy diciendo soy yo mismo." O puedo decir al bosque: "Tú eres / lo que yo hubiera querido ser; / horizontalmente lejos del mar; / verticalmente junto a ti".

Pellicer encuentra en este ambiente un desorden construido "por un orden superior". Encuentra también que "un canto puede destruir aquel desorden" y por últi-

mo que "¡La poesía! (es) Reina del Reino Vegetal..." Y si este ambiente es un desorden, la poesía, en el caso de que lo sea, también es lo contrario; ambos, o ninguno.

Las últimas estrofas de la "Segunda Intención" dan la idea de un poema horizontal. El tono, la intensidad, se mantiene y permanece; no decrece, no aumenta. Tampoco hay una idea de desarrollo —y no es que esto sea un requisito poético; simplemente es un elemento que aparece en el poema.

Así como Pellicer encuentra de improviso un tono declamatorio ("El drama de la vida se hizo para verse, / no para ocultarse"), también mantiene esa fuerza, esas imágenes que Zaid encuentra verdaderamente sorprendentes, y que siguen siendo fuente de una gran belleza poética:

... Una noche huracán
el relámpago, jaguar instantáneo que saltó
sobre el mundo, da luz y en la sombra
del rugido
se estremece el desorden de la selva.

O bien:

De un manotazo pumas y jaguares
destruyen las cortinas de una fiesta de
orquídeas

Los *Esquemas para una oda tropical*, por principio, no podrán ser vistos como proyecto —al menos exclusivamente— sino en relación a la poesía que contienen.

* *Esquemas para una Oda Tropical*, México, FCE, 1976, 90 pp.

Fuster: nosotros los valencianos

por Manuel Fernández Perera

Hacia los últimos años de la dictadura franquista, el problema de la pluralidad idiomática y cultural que existe en España se acercaba a lo que Josep Meliá (*Informe sobre la lengua catalana*, Edit. Magisterio Español, Madrid, 1970) considera como la última etapa del tratamiento que reciben los problemas regionales en los procesos de integración federalista. En realidad, la catalogación es de Gaston Berger (a quien